

Açwatháman le arroja sus flechas, su maza, su espada, y todo lo devora. Entonces el guerrero, inerme y desesperado, llama en su auxilio á la divinidad destructiva, prometiendo el alma en cambio. Siva acepta el trato.

Shakespeare en el *Macbeth*, cuando pone en escena á las brujas, propinando horribles pócimas y brevajes; el mismo Goethe, en el sábado clásico de animales y demonios en las gargantas del Brocken, en el Fausto, no han prodigado notas tan extrañas, bizarras y horribles.

«Entonces aparecieron, —dice el poema indio,—tropas celestes, servidores de Siva, lanzando fuego por los ojos y la boca; seres extraños con varios pies, manos y cabezas, adornados con brazaletes y aros llenos de piedras preciosas, y levantando todas las manos al aire á guisa de trompas de elefantes. Veíanse en aquella cohorte individuos en forma de perros, jabalíes, camellos, miembros de caballos, chacales, vacas, figuras de oso y de gato, tigres, panteras, picos de loro, ó bien boas gigantes, tortugas, cocodrilos, delfines y monos.

Nuestro héroe penetró de improviso en el campo, y con su tajante jabalina mató como á una fiera al asesino de su padre. Un instante después partían en busca del monarca, que espiraba rodeado de feroces animales que se disponían á devorarlo.»

Un castizo escritor español ha interpretado á maravilla estas escenas indias, en una tradición titulada *El caudillo de las manos rojas*, lleno de interés dramático, descripciones de lugares, armas, trajes y de notas veneratorias.

Saboreen ahora nuestros lectores algunos trozos selectos de la hermosa é inspirada prosa de Becquer, llena del penetrante perfume de Oriente, valioso collar de perlas, cogidas en el fondo de las grutas de *Elora* y de *Elefanta*.

«Ha desaparecido el sol tras las cimas del Jabwi, y la sombra de esta montaña envuelve con su velo de crespón á la perla de las ciudades de Osiria, á la gentil Kattak, que duerme á sus pies, entre los bosques de canela y sicomoros, semejante á una paloma que descansa sobre un nido de flores.

El día que muere y la noche que nace luchan un momento, mientras la azulada niebla del crepúsculo tiende sus alas diáfanas sobre los valles, robando el color y las formas á los objetos, que parecen vacilar agitados por el soplo de un espíritu.

Los confusos rumores de la ciudad, que se evaporan temblando; los melancólicos suspiros de la noche, que se dilatan de eco en eco repetido por las aves; los mil ruidos misteriosos que, como un himno á la Divinidad,

levanta la creación al nacer y al morir el astro que la vivifica; se unen al murmullo de Jaukior, cuyas ondas besa la brisa de la tarde, produciendo un canto dulce, vago y perdido como las últimas notas de la improvisación de una bayadera.

La noche vence; el cielo se corona de estrellas, y las torres de Kattak, para rivalizar con él, se ciñen una diadema de antorchas. ¿Quién es ese caudillo que aparece al pie de sus muros, al mismo tiempo que la luna se levanta entre ligeras nubes más allá de los montes, á cuyos pies corre el Ganges como una inmensa serpiente azul con escamas de plata?

Él es. ¿Qué otro guerrero y cazador de cuantos vuelan como la saeta á las batallas y al combate con las salvajes alimañas, tras el estandarte de *Schiven*, meteorero de la gloria, puede adornar sus cabellos con la roja cola del ave de los dioses indios, colgar á su cuello la tortuga de oro, ó suspender su puñal de mango de ágata del amarillo schal de cachemira, sino Pulo-Dheli, rajá de Dakka, rayo de las batallas y hermano de Tippot-Dheli, magnífico rey de Osiria, señor de los señores, sombra de Dios é hijo de los astros luminosos?

Él es. Ningún otro sabe prestar á sus ojos ya el melancólico fulgor del lucero del alba, ya el siniestro brillo de la pupila del tigre, comunicando á sus oscuras facciones el resplandor de una noche serena, ó el aspecto terrible de una tempestad en las aéreas cumbres del Dawalagiri. Es él. ¿Pero qué aguarda?

¿Oís las hojas suspirar bajo la leve planta de una virgen? ¿Veis flotar entre las sombras los extremos de su diáfano schal y las orlas de su blanca túnica? ¿Percibís la fragancia que la precede como la mensajera de un genio? Esperad y la contemplaréis al primer rayo de la solitaria viajera de la noche; esperad y conoceréis á Siannah, la prometida del poderoso Tippot-Dheli, la amante de su hermano, la virgen á quien los poetas de su nación comparan á la sonrisa de Bermach, que lució sobre el mundo cuando éste salió de sus manos; sonrisa celeste, primera aurora de los orbes.

Pulo percibe el rumor de sus pasos; su rostro resplandece como la cumbre que toca el primer rayo del sol, y sale á su encuentro. Su corazón, que no ha palpitado en el fuego de la pelea, ni en la presencia del tigre, late violentamente bajo la mano que se llega á él, temiendo se desborde la felicidad que ya no basta á contener. «¡Pulo!» «¡Siannah!» exclaman al verse, y caen el uno en los brazos del otro. En tanto el Jaukior, salpicando con sus ondas las alas del céfiro, huye á morir al Ganges, y el Ganges al golfo de Bengala, y el golfo al Oceano. Todo huye: con las aguas, las horas; con

Pulo vuelve el rostro y exhala un grito agudo y ligero como el del chacal, y retrocede diez pies de un solo salto, haciendo brillar al mismo tiempo la hoja de su agudo puñal damasquino.

¿Qué ha puesto pavor en el alma del valiente caudillo? ¿Acaso esos dos ojos que brillan en la oscuridad son los del manchado tigre, ó los de la terrible serpiente? No. Pulo no teme al rey de las selvas ni al de los reptiles; aquellas pupilas que arrojan llamas pertenecen á un hombre, y aquel hombre es su hermano.

Su hermano, á quien arrebataba su único amor; su hermano, por quien estaba desterrado de Osiria; el que por último juró su muerte si volvía á Kattak, poniendo la mano sobre el ara de su Dios.

Siannah le ve también; siente helarse la sangre en sus venas y queda inmóvil, como si la mano de la muerte la tuviera asida por el cabello. Los dos rivales se contemplan un instante de pies á cabeza; luchan con las mira-

das, y, exhalando un grito ronco y salvaje, se lanzan el uno sobre el otro como dos leopardos que se disputan una presa... Corramos un velo sobre los crímenes de nuestros antepasados; corramos un velo sobre las escenas de luto y horror de que fueron causa las pasiones de los que ya están en el seno del Grande Espíritu.

El sol nace en Oriente; diríase al verlo que el genio de la luz, vencedor de las sombras, ebrio de orgullo y majestad,

se lanza en triunfo sobre su carro de diamantes, dejando en pos de sí, como la estela de un buque, el polvo de oro que levantan sus corceles en el pavimento de los cielos. Las aguas, los bosques, las aves, el



Orillas del Ganges

las horas, la felicidad; con la felicidad, la vida. Todo huye á fundirse en la cabeza de *Schiven*, cuyo cerebro es el caos, cuyos ojos son la destrucción, y cuya esencia es la nada.

Ya la estrella del alba anuncia el día; la luna se desvanece como una ilusión que se disipa, y los sueños, hijos de la oscuridad, huyen con ella en grupos fantásticos. Los dos amantes permanecen aún bajo el verde abanico de una palmera, mudo testigo de su amor y sus juramentos, cuando se eleva un sordo ruido á sus espaldas.

espacio, los mundos, tienen una sola voz, y esta voz entona el himno del día. ¿Quién no siente saltar su corazón de júbilo á los ecos de este solemne cántico?

Sólo un mortal: vedle allí. Sus ojos desencajados están fijos, con una mirada estúpida, en la sangre que tiñe sus manos; en balde, saliendo de su inmovilidad, y embargado de un frenesí terrible, corre á lavárselas en las orillas de Jaw Kior: bajo las cristalinas ondas, las manchas desaparecen; mas, apenas retira sus manos, la sangre humeante y roja vuelve á teñirla. Y torna á las ondas, y torna á aparecer la mancha, hasta que al cabo exclama, con un acento de terrible desesperación:

—¡Siannah! ¡Siannah! La maldición del cielo ha caído sobre nuestras cabezas.

¿Conocéis á ese desgraciado, á cuyos pies hay un cadáver, y cuyas rodillas abraza una mujer? Es Pulo-Dheli, rey de Osiria, magnífico señor de señores, sombra de Dios é hijo de los astros luminosos, por la muerte de su hermano y antecesor...

—¿De qué me sirven el poder y la riqueza si una víbora, enroscada en el fondo de mi corazón, lo devora, sin que me sea dado arrancarla de su guarida? Ser rey, señor de los señores; ver cruzar ante los ojos, como las visiones de un sueño, las perlas, el oro, los placeres y la alegría; verlos cruzar al alcance de la mano; y, al tenderla para asirlos, ¡encontrar cuanto toca manchado de sangre!... ¡Oh! ¡Esto es espantoso!

Así exclamaba Pulo, revolcándose sobre la púrpura de su lecho, y torciéndose las manos á impulsos de su terrible desesperación. En balde el humo de los pebeteros embalsama la opulenta cámara; en balde la seda de brillantes colores se ha extendido sobre diez pieles de tigre para que descansen sus miembros; en balde han invocado los Bracmines por siete veces al espíritu del reposo y al genio de los sueños de nácar... El Remordimiento, sentado á la cabecera del lecho, los ahuyenta con un grito lúgubre y prolongado, grito que resuena incesante en el oído de Pulo, que golpea su frente con el dolor al escucharlo.

Los genios que cruzan en numerosas caravanas sobre dromedarios de zafiro y entre nubes de ópalo; las *schivas* de ojos verdes como las olas del mar, cabello de ébano y cinturas esbeltas como los juncos de los lagos; los cantares de los espíritus invisibles que refrescan con sus alas los cansados párpados de los justos; no pasan como una tromba de luz y de colores en el sueño del criminal.

Gigantes cataratas de sangre negra y espumosa, que se estrellan bramando sobre las oscuras peñas de un precipicio terrible; imágenes espantosas y confusas de

desolación y terror; éstos son los fantasmas que engendra su mente durante las horas del reposo.

Por eso el magnífico señor de Osiria no puede gustar la copa del beleño con que los dioses brindan á sus escogidos; por eso, apenas la aurora abre las puertas al día, se lanza del lecho, se desnuda de sus vestidos, que abrillantan las perlas y el oro, y, depositando un beso sobre la frente de su amada, sale del palacio en traje de un simple cazador, dirigiéndose hacia la parte de la ciudad que domina la cumbre del Fab.

Como á la mediación de esta montaña, nace un torrente, que se derrumba en sábanas de plata hasta bajar á la llanura, donde, refrenando su ímpetu, se desliza silencioso entre las guijas y las flores, para ir á confundir sus rizadas ondas con las ondas del Jawkior. Una gruta natural, formada de enormes peñascos, que parecen próximos á desplomarse, sirve de taza á estas olas en su nacimiento. Allí, transparentes y sombrías, sus aguas parecen dormir, sin que las turbe otro rumor que el monótono ruido del manantial que las alimenta, el suspiro de la brisa, que viene á humedecer sus alas en la linfa, ó el salvaje grito de los condores, que se lanzan á las nubes como una flecha disparada.

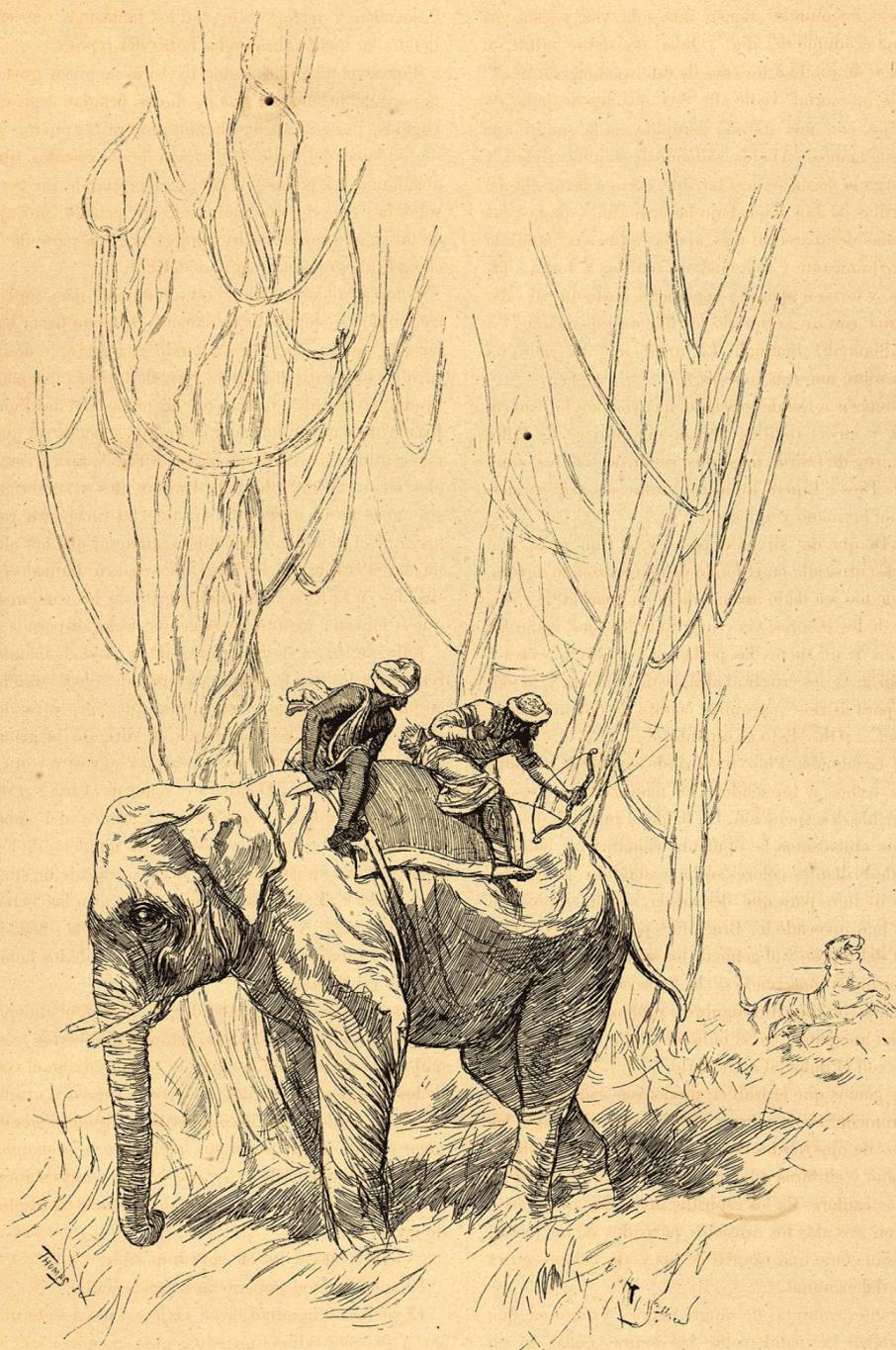
Pulo, ya fuera de los muros de la ciudad, manda retirarse á los que le siguen, y emprende solo y sumido en hondas meditaciones el camino que, serpenteando entre las rocas y las cortaduras, se dirige á la gruta donde nace el torrente, que ya salpica su rostro con el polvo de sus aguas. ¿Dónde va el señor de Osiria? ¿Por qué, desnudándose de su recamada túnica, del amarillo schal, emblema misterioso, y del amuleto de los reyes, cambia su vestidura por el tosco traje de un simple cazador? ¿Viene á los montes á buscar á las fieras en su guarida? ¿Viene ansioso de encontrar la soledad, único bálsamo de las penas que el resto de los hombres no comprenden?

No. Cuando el regio morador de Kattak abandona su alcázar para acosar en sus dominios al soberbio león ó al rayado tigre, cien bocinas de marfil fatigan el eco de los bosques; cien ágiles esclavos le preceden arrancando las malezas de los senderos, y alfombrando el lugar en que ha de poner sus plantas; ocho elefantes conducen su tienda de lino y oro, y veinte rajás siguen su paso, disputándose el honor de conducir su aljaba de ópalo.

¿Viene á buscar la soledad? Imposible.

La soledad es el imperio de la conciencia.

El sol toca á la mitad de su viaje, y Pulo á su término. A sus pies salta el torrente; sobre su cabeza está la gruta en que duerme el manantial que lo alimenta, ma-



La caza en la India